

La esquina rota

Luis Iglesias

CUENTAN que cuando le preguntaron a Julio Cortázar por su deseo más inmediato respondió, también de inmediato: “Pararme en una esquina”. Inimaginable en pleno festival fast food de nuestra existencia, que ha pasado de peripecia vital a supersónico tránsito, en la que el acto de beber, como contexto, se ha convertido en una carrera de bares, el acto de comer, como pretexto, en una suerte de onanismo gastronómico (muchas veces de pie) y el acto de leer, sin contexto ni pretexto, en una forma de ansiedad visual que se desarrolla, a la velocidad del diapasón de los empujones, durante el cotidiano viaje en el Metro.

Tratar los lugares comunes no está mal porque siempre tienen algo de propios y además esconden huidizos rincones. Septiembre es la línea de salida de la carrera hacia el próximo año. Nos miramos unos a otros, entre desafiantes y resignados, para reconocernos a nosotros mismos dentro del circuito, al tiempo que nos repetimos que lo importante es seguir aunque no sepamos adónde estamos yendo, precisamente porque nos aplicamos a esa soledad implícita en todo corredor de fondo.

Pero una esquina, aunque proceda de una primavera rota, es el mejor lugar para detenerse, contemplar la carrera circular y hasta degustar en reposo cualquier tomo de la saga Millennium, posiblemente la letra impresa más azogada de los últimos tiempos. Tenemos que intentarlo porque en cuanto se supere la crisis inmobiliaria las esquinas volverán a ser nuevamente objeto de deseo de la especulación y es probable que nos prohíban detenernos en ellas más de un tiempo determinado, no vaya a ser que se sienta un precedente, y al precio que está el verbo sentarse el negocio de correr hacia ningún sitio acabe resultando ruinoso.